

cuadro que contiene varias obras de cristal de roca ejecutadas en el siglo XV, que representan á Jesucristo y algunos episodios de su pasión, y en las extremidades los cuatro Evangelistas. Son también notables los objetos de plata sobre dorada que el rey de Siam regaló á Pío IX; entre ellos está el retrato del soberano.

El Gabinete llamado de Numismática, que no contiene hoy ejemplar alguno perteneciente al ramo, porque todo lo que contenía de medallas y monedas desapareció en la revolución de 1796, guarda hoy cuatro armarios que encierran las cartas que fueron dirigidas al Sumo Pontífice Pío IX de todas las poblaciones del mundo católico á consecuencia de los sucesos de 1859. En medio de este Gabinete se ha colocado un magnífico reclinatorio, obra soberbia de ebanistería, adornado con incrustaciones y esculturas de marfil. Fué obsequio de la provincia de Tours, en Francia, á Pío IX.

Saldremos de la Biblioteca y también del Vaticano, porque aun cuando nos queda mucho por visitar, no es posible entretener por más tiempo al lector, con otras descripciones. Hemos dado cuenta de lo más notable y terminaremos ya nuestra revista. El carácter de esta obra no permite que digamos una palabra más acerca de nuestras excursiones por la Ciudad Eterna. Perdónenos el lector si acaso hemos abusado de su deferencia.

## CAPÍTULO VIGÉSIMOTERCERO.

Excursión á Loreto y Asís.—Un peregrino enfermo.—El suceso de los Sres. Garrido y Viveros.—Almuerzo en casa del caballero Angelini.—El *Corpus* en San Pedro.—Una entrevista con Monseñor Rampolla.—Audiencia privada de Su Santidad.—Rumores infundados.—La fiesta del Estatuto.—Una triste despedida.—¡Adiós á Roma!

BREVES pasaban para nosotros los días de nuestra permanencia en la Ciudad Eterna. Por la relación que dejamos escrita de nuestras excursiones puede comprenderse que no perdíamos un instante del tiempo que consagramos á recorrer las calles, las ruinas, los edificios y establecimientos. Nuestros compañeros los peregrinos, con más ó menos perseverancia, ocupaban su tiempo de igual manera. De los que se quedaron con nosotros en Roma, un grupo como de veinte, presidido por el Sr. Obispo de Chilapa, salió á visitar las poblaciones de Loreto y Asís. Nuestro amigo el Licenciado de la Garza fué el cronista de esa corta expedición de tres días, y nos da cuenta de ella en una de sus bien escritas correspondencias, en los términos siguientes:

“La visita de Roma inspira tanto interés que con dificultad la abandona quien haya comenzado á gozar de sus bellezas. Hay sin embargo cerca de ella lugares tan notables bajo el punto de vista religioso, que ningún peregrino se exime de conocerlos cuando se le presenta ocasión favorable para ello. Me refiero á los célebres santuarios de Loreto y de Asís, que acabamos de visitar. Todo el mundo sabe la historia de la maravillosa traslación de la Santa Casa de Nazareth á Loreto. La habitación de la Santísima Virgen, el lugar donde se verificó el estupendo prodigio de la Anunciación y Encarnación del Verbo Divino, la casa que cobijó

en su seno al Salvador durante los treinta años de su vida oculta, fué trasportada en alas de los ángeles desde la Judea hasta la Dalmacia y de ahí conducida también milagrosamente á Loreto. Quien quiera venerar los santos lugares de la Palestina no necesita emprender un largo y fatigoso viaje: que venga á Loreto y allí verá satisfechos sus deseos.

“Describir lo que se siente bajo las bóvedas de la Santa Casa, es imposible. Tocar aquellas paredes cuya sola existencia es un milagro, ver algunos objetos del uso de la Sagrada Familia, orar dentro de aquellos muros donde se han elevado las más santas, las más puras oraciones; todo esto causa impresiones que son para sentirse y no para expresarse.

“De la Santa Casa de Nazareth se conservan perfectamente las paredes: mas en algunos pedazos pueden verse con dificultad pinturas antiquísimas con que las adornaron los cristianos de los primeros siglos. La bóveda es obra posterior trabajada en Loreto. El exterior está cubierto de mármol con estatuas y bajo-relieves preciosos alusivos á la vida de la Santísima Virgen y á la traslación de la Santa Casa. Esta viene á formar el altar mayor de la basílica loretana, que la conserva como un relicario de inmenso valor. Contigua á la sacristia se halla la sala llamada del tesoro, que contiene una gran cantidad de objetos de oro, plata y piedras preciosas, donados por los cristianos de todo el mundo. Las riquezas de esta sala á principios del siglo en que fué saqueada por Bonaparte, se estimaba en 45.000.000 de francos.

“El Valle de Asís ha sido perfumado con el aroma de las virtudes del Santo fundador de la orden franciscana. Quítesela esta gloria y nada valdrá sin ella. El convento de religiosos tiene tres iglesias, superpuesta una sobre otra. La superior á nivel del suelo y las otras dos subterráneas. El altar mayor de todas ellas está colocado sobre el lugar de la tumba del seráfico Padre. Los lugares de su nacimiento (en un pesebre como N. S. Jesucristo), de su bautismo y de su prisión, se conservan también en Asís.

“El convento de Nuestra Señora de los Angeles es uno de los más venerados santuarios del mundo. A semejanza de la basílica de Loreto contiene dentro de su recinto un precioso tesoro: la Porciúncula, pequeña iglesia que fué testigo de los arrobamientos, de los éxtasis y de los coloquios de San Francisco. En esa pequeña capilla fué donde Nuestro Señor concedió al Santo la indulgencia llamada de Porciúncula, que se gana una vez al año, el dos de Agosto, tantas cuantas veces se visite la iglesia con las debidas disposiciones. Esta gracia tiene de particular que aunque concedida directamente por Jesucristo, le ordenó al Santo que ocurriera al Sumo Pontífice para su confirmación y promulgación, que

se obtuvo á pesar de las dificultades que presenta el otorgamiento de un beneficio tan extraordinario.”

Notable, no sabemos si llamar milagroso, fué sin duda que desde la salida de la patria y después de ocho días de caminar en ferro-carril y veintidós de navegación, una reunión numerosa de mexicanos, algunos de avanzada edad, muchos de salud delicada y no pocos que viajaban por la primera vez, ninguno hubiese experimentado accidente digno de mencionarse, y todos llegasen sanos y en buenas condiciones al Viejo Continente. Así continuaron en los días de su permanencia en Roma, no habiendo tenido que lamentar sino la enfermedad pasajera de uno de los compañeros, el Licenciado Ponce de León, quien fué atacado de una fiebre anómala, que aun cuando solamente duró cinco días, nos puso en alarma á todos sus amigos. Ello no tuvo consecuencias, y solamente sirvió para poner á prueba la resignación del paciente y para evidenciar los sentimientos de confraternidad que nos unían á los peregrinos. Todos los compañeros que tuvieron noticia de la enfermedad del apreciable letrado, le visitaban frecuentemente; se turnaban en su asistencia, y le prodigaban toda clase de auxilios. Nuestro querido amigo Angelini, se mostró también servicial y oficioso, como lo era con cada uno de nosotros en todas circunstancias.

Otra cosa merece llamar la atención, á propósito de la sombra providencial que parecía cubrirnos á todos los excursionistas. Aun cuando los directores de la expedición atendían de una manera especial á los viajeros, velando por su seguridad y haciéndoles oportunas advertencias y prevenciones para precaverles de los contratiempos que suelen suceder á los que no tienen costumbre de viajar; siempre habría sido fácil que muchos hubieran tenido que sufrir algunas contrariedades, principalmente cuando instalados ya en alojamientos separados y distantes entre sí, muchos de ellos estaban más lejos de la vigilancia y la acción de los directores. No obstante esa separación y aun la dispersión de los peregrinos en Roma, esa sombra protectora seguía cobiján-

dolos, como puede juzgarse por el suceso de los Sres. Licenciado Garrido y Doctor Viveros.

Estos compatriotas habían enganchado en Nápoles como intérprete á un individuo que dijo apellidarse Plataret y aseguraba ser originario de América. La simpatía del idioma y de la raza unió á los viajeros con el intérprete en buena amistad, y se lo llevaron en su compañía á Roma; allí lo alojaron en su misma posada; se hacían guiar por él á todas partes, y aun á la Audiencia pontificia le llevaron. Pasados cuatro ó cinco días después, los expresados caballeros, salían para Francia, habiendo concertado con el intérprete que los acompañara en su excursión por Europa. Al día siguiente de su partida, de la cual no habíamos tenido conocimiento, nos hallábamos en casa del Cónsul Angelini, cuando se presentó el Secretario de la Prefectura de Roma, pidiendo informes acerca del itinerario que hubiesen tomado los señores Garrido y Viveros; por cuanto á que la Prefectura tenía una carta de Plataret que denunciaba intenciones siniestras del intérprete respecto de los viajeros mexicanos. Angelini nos dió conocimiento de la misión del Secretario y del peligro que corrían nuestros compatriotas. Nosotros no conocíamos su itinerario y nos preparábamos á salir para tomar informes entre los compañeros, cuando se presentó uno de ellos, el Sr. Valadez, que había estado con los viajeros hasta el momento de partir. Este compatriota pudo desde luego suministrar al funcionario de la policía los informes que necesitaba. Comunicados estos inmediatamente á la Prefectura, ella tomó sus providencias y al otro día recibíamos noticia Angelini y nosotros de hallarse el presunto delincuente y un cómplice suyo de Nápoles en poder de la justicia. Al tercer día un periódico de Roma publicaba el siguiente suelto, que no podemos dispensarnos de reproducir.

“El día 24 del corriente fué denunciado á nuestra prefectura, que dos mexicanos, el Dr. Viveros y el abogado Garrido, que venían de Nápoles acompañados del intérprete Luciano Plataret, después de haber pasado algunos días de residencia en Roma, con domicilio en la vía del Sudario

número 28, habían salido para Francia con el fin de volver á su patria. Antes de salir de Roma, el intérprete había escrito una carta á cierto doctor Francisco Brives, de Nápoles, anunciándole haberse procurado media libra de cloroformo para adormecer á los viajeros y robarlos tanto en el ferrocarril como en los hoteles donde se albergasen. Esta carta por una casualidad extraordinaria cayó en manos del prefecto de Roma, el que inmediatamente envió instrucciones á las prefecturas de Nápoles, Florencia, Bolonia, Génova, Venecia, Turín y otros puntos, para que aprehendiesen al Dr. Brives y se advirtiese á los dos mexicanos del peligro que corrían.

“En efecto, con datos exactos ministrados á la prefectura de Nápoles, fué arrestado el llamado Dr. Francisco Brives, que no era otra cosa que un sirviente de hotel, de mala nota, y al cual le fueron cogidas varias cartas comprometedoras y cuyo contexto parecía indicar que el dicho intérprete estaba en Bolonia. Al punto el caballero Jonelli, jefe de nuestra prefectura, envió nuevos y sellados informes é instrucciones á la de Bolonia advirtiéndola que Plataret debía de acudir al correo para sacar unas cartas que le iban dirigidas de Nápoles.

“Con tan preciosas indicaciones, la prefectura de Bolonia aprehendió de hecho al intérprete en el momento mismo en que pedía su carta en el correo. Plataret tenía una carta falsificada de nacionalidad francesa: había vivido en Roma y había sido varias veces aprehendido por estafador. Ultimamente encarcelado por mandato de las autoridades de Nápoles como autor de un robo con fractura cometido en perjuicio de un pasajero en el hotel de Nueva York. En el domicilio del preso fué encontrada una maleta y otros objetos de sospechosa procedencia y en sus faltriqueras la redoma con cloroformo.

“Tanto Plataret, como Brives, por orden de nuestra prefectura, fueron conducidos á Roma para proceder al careo é instrucción del proceso, así como para enjuiciarlos por otros delitos de los cuales se presume sean responsables.”

Como aparece de lo anterior, no obstante la imprudencia de nuestros compatriotas de entregarse á un desconocido, para que los guiase en países extranjeros, se vieron libres del peligro que tan de cerca les amenazara. Elogios merece la autoridad política de Roma por su actividad y por la eficacia desplegadas en la aprehensión de los delincuentes; pero en ello deberemos ver una prueba clara de la protección divina en favor de los peregrinos mexicanos.

No hemos de perder la ocasión de dar á conocer las atenciones y obsequios de nuestro estimable Cónsul, prodigadas á nuestros compatriotas y á nosotros mismos durante nuestra permanencia en Roma. El día 28 de Mayo nos reunió en su casa á varios mexicanos para hacernos servir un opíparo almuerzo, con el cual nos obsequiaron él y su apreciable familia. Los manjares fueron delicados, los vinos exquisitos, los brindis entusiastas. Los señores de la casa hicieron cumplidamente los honores. Las personas más prominentes de la Peregrinación, hasta el número de unas veinte personas, asistieron á la mesa, que fué presidida por el señor Obispo D. Buenaventura Portillo. Satisfechos y agradecidos nos retiramos de la amable compañía de nuestro querido Cónsul y de su recomendable familia.

Desde que á virtud de las circunstancias por las cuales atraviesa la Iglesia en Roma, el Santo Padre carece de libertad para presentarse en público, muchos actos solemnes del Culto, que en tiempos anteriores eran presididos por el Vicario de Jesucristo, no tienen hoy la importancia y el brillo con que antes eran celebrados. Uno de estos actos es sin duda la festividad del Corpus en la Basílica Vaticana, que hoy se celebra sin la asistencia del Papa. No deja, sin embargo, de ser solemnísimá la procesión, y es muy imponente ceremonia para quien no la presencié en toda la esplendidez en que sería celebrada antaño.

Nos hallábamos todavía en Roma el día 31 de Mayo, en que cayó la fiesta del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y nos trasladamos á San Pedro para asistir á la función. La Basílica había sido adornada con los paramentos acostumbrados. Grandes cortinas de damasco carmesí cubrían las pilastras y colgaban de las cornisas. En el altar mayor de la tribuna se hallaba un tabernáculo portátil para la exposición de la Eucaristía. A las nueve de la mañana comenzaron á subir á la tribuna varios Obispos y otros prelados eclesiásticos, los individuos del Venerable Cabildo y los demás beneficiados de la iglesia. Media hora después comenzó la Misa que celebró un capitular. El coro se componía de voces solamente; unos

doce cantantes de primer orden solemnizaron el oficio con magníficas melodías que resonaban en las bóvedas de la gran Basílica, produciendo en los oídos un efecto admirable. La Misa duró una hora, y terminada fué descubierta la Eucaristía y principió á organizarse la procesión. Unas diez mil personas se hallaban repartidas en la vasta extensión del templo, sin llenarlo. El acompañamiento comenzó á desfilarse por la nave del lado izquierdo en el orden siguiente: Un grupo de sacristanes vestidos con traje talar rojo conducían un campanil de forma extraña, haciendo sonar incesantemente las campanas. Seguían los individuos del coro también con traje talar. Tres estandartes eran conducidos por los cofrades de las respectivas asociaciones vestidos con largas ropas. A continuación otra cofradía llevaba un estandarte de muy grandes dimensiones, que ayudaban á sujetar personas que tenían de unos largos cordones. Después otro grupo de hermanos ó congregantes conducían una Cruz enorme, y precedida de un cortejo como de ochenta acompañantes, todos con traje talar, una imagen del Crucificado. En seguida la cruz alta y los ciriales abrían la marcha á los individuos del Clero: primeramente desfilaban los alumnos del Seminario; después un cortejo de sacerdotes que llegarían á cien personas, presididos por los Capitulares de la Basílica, y al último siete Obispos, uno de ellos armenio, acompañando á la Eucaristía, que era conducida por un mitrado debajo de un gran palio que llevaban individuos vestidos con traje especial y uniforme. No había orquesta, ni banda de música: el canto coral de los beneficiados alternaba con el rezo de los sacerdotes.

La procesión salió por la puerta lateral de la izquierda y recorriendo el pórtico entró por la principal, siguiendo la nave del centro hasta llegar nuevamente á la tribuna, en donde después de cantadas algunas preces fué dada la bendición con el Santísimo; con lo cual terminó la ceremonia, retirándose á continuación los concurrentes. Así pasó en Roma la festividad del *Corpus*, la primera y la última función

solemne que nos tocaba presenciar en la Basílica de San Pedro.

En uno de los días en que visitábamos los departamentos del Vaticano, al subir por la gran escalera de Pío IX, nos encontramos con un sacerdote amigo que se dirigía al despacho del Eminentísimo Cardenal Rampolla, Secretario de Estado de S. S., y nos invitó á que llegáramos á visitar á su Eminencia. No quisimos desaprovechar la ocasión de ser presentados á tan elevado personaje, y aceptamos la invitación. El Cardenal se hallaba en esos momentos con el General de la Orden Dominicana, según manifestó el familiar de servicio. No esperamos mucho tiempo: el General salió: se hizo anunciar nuestro amigo y pasó primero, quedándonos nosotros entretanto en la antesala. No transcurrió un minuto y el alto funcionario de la Iglesia se dignó salir á recibirnos.

—Tengo mucho gusto, nos dijo en buen español, en conocer á uno de los promovedores de la Peregrinación mexicana.

—Es honroso para mí, dijimos inclinándonos respetuosamente, ofrecer mis respetos á Vuestra Eminencia.

—Su Santidad, díjonos el Cardenal, estrechándonos la mano, está muy complacido de la venida de los mexicanos á Roma. La Peregrinación de México tiene para Su Santidad mucha importancia y le ha dado gran significación.

—Señor, los mexicanos nos sentimos conmovidos de agradecimiento hacia Su Santidad por la bondadosa acogida que se ha dignado hacernos.

—Es muy merecida. Ustedes han tenido que vencer grandes obstáculos para emprender y llevar á cabo la expedición.

—Es la verdad, señor; tuvimos que vencer muchas dificultades para realizar nuestro viaje.

—Tiene muchos enemigos el Catolicismo en México; observó el Sr. Rampolla.

—No son tantos como se cree, repusimos; ellos representan una minoría insignificante en número; pero tienen el poder. Sin embargo, no fueron los enemigos del Catolicismo los que nos pusieron dificultades para esta expedición; sino los amigos. Algunos de nuestros hermanos los católicos fue-

ron los que trabajaron en contra de nuestros designios y los que disuadieron de su empeño á muchos que se proponían venir. Sin esos trabajos habríamos traído triple número de peregrinos.

—Es extraño, dijo el Cardenal; y añadió: Es necesario, señor licenciado, que los católicos de México se muevan.

Bajo este tema discurre el alto personaje sobre la necesidad de que los seglares ayuden á los pastores y secunden las miras de la Iglesia, fomentando la instrucción religiosa en el pueblo, y se consagren al ejercicio de la Caridad cristiana.

No quisimos abusar de la amabilidad del Secretario de Estado, y le pedimos permiso para retirarnos. Su Eminencia nos despidió con frases de muy señalada benevolencia, dejándonos prendados de su afabilidad y cortesanía.

El Cardenal Rampolla es un hombre de elevada estatura y constitución vigorosa; no es viejo; tendrá unos cuarenta y cinco años: sin ser precisamente hermoso, tiene un aspecto agradable y simpático; es trigueño y de cabello negro; sus ojos son grandes y vivos, y su mirada es á la vez apacible y penetrante; no son escultóricas las facciones de su rostro, pero distan de ser vulgares; su porte es distinguido y sus modales revelan una educación esmerada y el trato frecuente con los grandes de la tierra. El Cardenal Rampolla, desde muy joven fué dedicado á la carrera diplomática, y como ha residido largo tiempo en España, tiene adquirido mucho de la cortesanía española y su trato es muy agradable para nosotros los de la raza hispano-americana.

Se acercaba ya el día de nuestra partida. Estábamos á primero de Junio y el agente de la Compañía de vapores nos había anunciado que el día cinco llegaría á Nápoles el "Bolivia." Teníamos que salir de Roma la víspera. Su Santidad había ofrecido recibir en audiencia privada á la Comisión organizadora de la Peregrinación; pero aguardábamos la cita. Era necesario dar conocimiento al Santo Padre del día en que debíamos partir. El Ilustrísimo Señor Portillo se apresuró á dar este aviso. Su Santidad citó al prelado para el día siguiente, 2 de Junio, á las siete de la tarde. La recepción